

ES LA VIDA

Cuando se quiso dar cuenta ella se había marchado. Él estaba en la terraza, regando las macetas, cuando escuchó el fuerte golpe de la puerta de entrada al cerrarse. Miró su reloj de pulsera, eran poco más de las siete de la tarde. Se acercó a la baranda de su balcón con cuidado, no quería que lo viera si volvía la vista hacia arriba cuando saliera. La calle presentaba el mismo aspecto de siempre. Coches circulando en ambos sentidos, personas caminando, niños jugando en el pequeño parque infantil que había justo al lado de un Mercadona. Miró hacia el cielo buscando una respuesta y divisó una blanca y solitaria paloma volando.

La vio salir del portal con su andar tan característico. Llevaba puesto el conjunto que a él tanto le gustaba, pantalón azul marino y suéter rosa. Colgando del hombro un bolso negro y en la mano una cazadora por si la noche se presentaba fresca. Era previsible que tardaría en volver a casa. Permaneció con la vista fija en su figura mientras se alejaba, por si en algún momento se le ocurría girar la cabeza y buscarlo en la distancia. Al fin la perdió de vista al doblar la esquina de la calle sin que se hubiera girado en ningún momento.

Abandonó la terraza y se introdujo en la vivienda. Permaneció un rato de pie frente a la librería pensando que libro escoger para su lectura. Ninguno le pareció adecuado a su estado de ánimo y tras cinco minutos plantado allí, como un pasmarote, se sentó en el sillón y encendió la televisión.

Esa tarde habían discutido. Es cierto que las discusiones entre ellos eran habituales, pero esta, no sabía bien porqué, podía traer consecuencias imprevisibles. Sus puntos de vista rara vez coincidían, aunque después de intensos debates alguno de los dos cedía y se producía el deseado acercamiento de posturas. La quería mucho. Imposible querer más a alguien. Por eso, casi siempre, era él el que daba su brazo a torcer, la abrazaba con fuerza, miraba sus ojos oscuros y finalmente reían a carcajadas hasta casi desfallecer.

Fijó su mirada en la televisión encendida, sin ver nada de lo que la pantalla reflejaba mientras que por su mejilla resbalaba una lágrima. Sabía que no debía llorar, que todo se arreglaría, pero necesitaba ese desahogo para aligerar su pecho de un peso excesivo.

El ruido de la puerta de la casa al abrirse y luego cerrarse lo sacó de su estado lloroso. Se levantó y fue al encuentro de su mujer que regresaba del trabajo. Todavía con lágrimas en los ojos se abrazó a ella y le dijo – Ahora sí que he perdido a mi hija definitivamente. Se va a vivir con su novio.

Su esposa lo abrazó dulcemente y luego riendo le recordó el disgusto que ella le dio a sus padres, hacía ya veinticinco años, cuando les comunicó que se iba a casar con él. - Acabo de encontrármela por la calle- siguió ella comentando, - y me ha dicho que te diga que te quiere muchísimo y que el domingo prepare arroz porque Javier y ella vienen a comer.

FIN

Nombre: Adolfo Rodríguez Sánchez

Correo: adolfosies@hotmail.com

Asociación Sagrada Familia

Relatos categoría B